

MI INFANCIA Y MI PUEBLO. ***Evocación de Trujillo*** **(Carta Primera)**

Mario Briceño-Iragorry

(Mi infancia y mi pueblo. Evocación de Trujillo.
Fondo Editorial “Arturo Cardozo”, Trujillo. Págs. 11-45)

Mi muy amable y generosa amiga: Se dibujó en su rostro una linda sonrisa, medio sarcástica y medio maliciosa, cuando anoche me oyó decir que había nacido yo en “la tierra de María Santísima”.

Ni el amigo que ocasionó la respuesta ni usted misma hicieron comentario que hubiese provocado oportunamente el tema que llenará esta carta. Más la idea del sarcasmo o de la malicia que pudo animar su sonrisa me ha puesto hoy a pensar que debo explicar a usted, generosa amiga de todos los tiempos, la razón de la frase que puede haberla movido a juicios inciertos.

Cuando los trujillanos llamamos “tierra de María Santísima” a nuestra región nativa, más que por recordar el mariano y pacífico patrocinio original, o por imitar a los alegres sevillanos, lo hacemos movidos del deseo de testimoniar en forma sencilla el arraigado afecto para nuestro lugar de origen. Cuando muchacho vine a Caracas, la aprendí de labios ingenuos y recios varones de mi provincia, que querían expresar con ella el innoble cariño al lejano y maravilloso pedazo de tierra donde habían nacido. El afecto a mi región no me llevará a desconocer el derecho, pongamos por caso, que tiene nuestro amigo para también llamar a Coro “tierra de María Santísima”, ni menos el que Pastor Oropeza ejerce cuando, para sentirse más venezolano, va a tomar fuerzas en su Carora nutricia. Tanto como yo deben ellos de amar y de respetar la porción de territorio nacional donde adquirieron el indeclinable y sagrado derecho a ser llamados venezolanos. Sarmiento, argentino por excelencia, fue sanjuanino hasta los tuétanos. Bolívar, en el apogeo de su gloria, pensaba con ternura en su Caracas nativa.

Esto del regionalismo es problema demasiado traído y demasiado mal llevado en Venezuela. Yo lo he abordado en distintas

ocasiones y bajo diversos aspectos, y sin ser un cegado regionalista, todo lo contrario, un cabal nacionalista, creo que jamás sentirá el neto valor y la responsabilidad plena de lo nacional, quien no sienta vigorosamente los vínculos amorosos que lo unen a la tierra nativa. Ni crecerá cuanto es debido la gran patria, si al deseado crecimiento no precede un esfuerzo por levantar, en función acoplada y conjugante, los valores de las patrias chicas. Todo es mera cuestión de proporciones.

Al buscarme a mí mismo en función de venezolanidad, tropiezo con Trujillo y con su historia. Con la misma Caracas, honra y prez de la Venezuela integral, me encuentro, como trujillano, siglos antes de haber nacido. Mi pueblo es nombrado en los textos de historia nacional cuando se describe la jornada fundadora que se confió a Diego de Losada, a quien acompañaron en su afortunada empresa veteranos conquistadores que residían en la ciudad de Trujillo, entre ellos nada menos que Alonso de Andrea de Ledesma. La larga y fecunda historia que me da título para saberme venezolano se desarrolla en el estrecho valle donde los peninsulares clavaron, para la permanencia del esfuerzo, la tienda de beduinos que fue mi ciudad durante más de diez años. “Ciudad portátil” la llamó Oviedo y Baños.

Sabe usted por el ya largo conocimiento que de mi tiene cuánta es mi pasión por Venezuela. Recuerda el entusiasmo con que en cierta oportunidad le comenté cómo mi admirado amigo Luís de Oteyza me había dicho que se abstuvo de recomendar libros míos para una biblioteca venezolana que se traduciría al francés, por estar mis obras exclusivamente destinadas a temas nacionales, de ninguna utilidad para lectores extraños. Nada me ha llenado de mayor orgullo que se descalifique mi obra por ser considerada excesivamente venezolana. Intencionalmente toda mi modesta labor literaria se ha dirigido

a ahondar en la entraña fecunda de la patria venezolana. Y esa patria la ganaron para mí los abuelos que desde el siglo XVI fijaron su residencia en la ciudad de Trujillo. Ellos salieron después a defenderla del pirata que amenazaba su integridad, y ellos lucharon más tarde por hacerla independiente de España. Por gravedad histórica me corresponde luchar hoy contra la bandera de los piratas nuevos y contra los criollos que sirven a la nueva piratería.

Cuando cito mis abuelos no crea tampoco usted que estoy haciendo necio alarde de hidalguía. Mis abuelos eran gente llana, como los abolenos de la mayoría de los venezolanos. No fueron grandes “cacaos” y algunos llegaron a ser vistos de menos, porque llevaban sangre esclava en las venas; otros, en cambio, lucieron pergaminos y blasones. Mi abuela materna, la única que conocí, ordenó que blasones y doradas letras fueran echadas al fuego abrasador. Buena republicana, no entendía otra nobleza sino la virtud, y tuvo el premio de haber no entendía otra nobleza sino la virtud, y tuvo el premio de haber contado por hijas a matronas de verdad. Una de ellas fue mi madre.

Aquí permitirá usted que me empine en cumbre de subido orgullo. Tomo el gran Cecilio Acosta ejemplo de ingenuidad, para decir que no hubo en el mundo mujer como mi madre. ¡Y era ella de Trujillo! Cuando la pienso, he de verla siempre unida al panorama de mi tierra nativa. Y porque amo desmedidamente el recuerdo de mi madre he de amar con pasión semejante el lugar donde ella me dio a luz y donde me nutrió para la vida.

Tenía yo algo más de once años y era el mayor de cinco hermanos cuando se nos murió el padre. Y mi padre (¡qué gran señor era mi padre!) tal vez no hubiera hecho por sus hijos sacrificios mayores que los realizados por nuestra bondadosa madre. ¡Con qué orgullo la recuerdo cuando dejaba el lecho, antes de amanecido, para empezar el rudo trabajo de donde granjeaba los medios de sustentar a la familia! Quizá alguna vez habló usted de la justiniana pobreza, como decimos en Trujillo en que discurrió mi infancia, y de los medios de que mi madre se valió para que nuestra modesta posición entre compañeros ricos no llegase a crearnos complejos de inferioridad. Jamás se dejó abatir por las necesidades a que tuvo que dar frente. Como hizo de padre, fue dura y recia para encaminar a los hijos, sin que dureza y reciedumbre llegasen a mermar por nada la infinita ternura que era esencia de su espíritu.

Los años más felices de mi vida los pasé en Trujillo, al lado de mi madre. Ella me hizo amar la

vida y me enseñó a buscar como finalidad de las acciones humanas algo más que la satisfacción de un lucro material. Todo ese idealismo de que usted y muchos amigos me motejan, lo debo a que mi madre me enseñó a soñar desde muy niño. Como soy de muy buena memoria, recuerdo que ella me explicaba el lento vuelo de las nubes. Más tarde, nos habló de que el hombre vale por sus actos y no por la monta de sus bienes. Me vio en cierta oportunidad triste, porque mi vestido estaba viejo y mis compañeros de colegio, como eran días de Pascuas, estrenaban traje. Ella disimuló mi tristeza e hizo caer la conversación sobre lo poco que valían los vestidos cuando los estudiantes no alcanzaban buenas calificaciones en los exámenes. “Tu traje viejo –me agregó– se me hace nuevo y brillante cuando recuerdo que figuras entre los primeros de tu clase”.

La historia de mi madre, que es parte sustancial de la historia de mi vida, está unida placenteramente con Trujillo. Para conocerme a mí mismo he buscado, pues, el hilo materno que me enlaza moralmente con el pasado de mi pueblo. Para saber quién soy y para saber lo que es la gran patria venezolana, tuve que empezar por buscarme a mí y por buscar mis raíces venezolanas en el suelo y en la historia de Trujillo.

¿Ve usted, mi buena amiga, cómo no procede de censurables orígenes la frase ingenua que comentó? Tengo razones de sobra para llamar a Trujillo “la tierra de María Santísima”. Nací en ella por haber sido hijo de mi madre y para que hoy, lejos de sus montes y de sus ríos y viajera ella por mundos siderales, comparta con usted el orgullo y la fiesta de ser venezolanos.

En Trujillo comencé a vivir una vida de doble historia. La que va con los años corridos desde mi nacimiento y la que hacia atrás me lleva hasta los tiempos felices y duros en que llegaron, con la ciudad, los hombres que trajeron de España los símbolos de nuestra cultura. Esta historia es larga y fecunda.

Sabe usted, porque así lo dicen los viejos historiadores, que mi pueblo fue hasta el año en que lo incendió el pirata Grammont, ciudad que discutió con Caracas la primacía en la provincia de Venezuela. Rico semillero de la Patria, allí se formaron eminentes varones de la nacionalidad, inclusive el primer gran criollo venezolano. Me refiero a Juan Pacheco Maldonado, hijo del fundador Alonso Pacheco, venido a luz el año de 1578. No es malo hablar de estos hombres y por ende usted disculpará que alargue estas líneas con los datos que tenemos de su vida y de sus hazañas.

Dieciocho años contaba cuando salió como sargento mayor de cierta tropa destinada al castigo de los indios jirajaras, que se habían levantado en las bocas del río Motatán, y que, penetrando por los llanos, del Cenizo y de Monay, llegaron a incendiar establecimientos que los criollos tenían en esta ubérrima región, hoy vuelta a su saludable fecundidad antigua, gracias a la eminente labor sanitaria del gran trujillano Arnoldo Gabaldón, modelo de ciudadano y de recto hombre. Años después, cuando apenas contaba veintidós recibió una de las varas de alcalde de la ciudad, y como ocurriera durante su ejercicio la muerte del gobernador y capitán general don Gonzalo de Piña Ludueña, le tocó asumir tal carácter en la ciudad de Trujillo. Recuerda usted que con motivo de las desavenencias ocurridas a la muerte de Alfinger, de Pérez de Tolosa y de Villacinda, los criollos empujados por el recio espíritu de autonomía que distinguió sus actos, disputaron ante la Corte a don Sancho Briceño, con el encargo de lograr confirmación del derecho de suplencia, que, de propia autoridad, habían ya ejercido los Cabildos al ocurrir la muerte del gobernador. Ganada la Cédula el 8 de diciembre de 1560 venía a ejecutarse por vez primera en la ocasión del fallecimiento de Piña Ludueña y con esto a disgregarse transitoriamente el poder que residía en las reales autoridades de Caracas, para que los alcaldes de Maracaibo, Trujillo, Carora, El Tocuyo, Nueva Segovia, Nueva Valencia, Guanaguanare y San Sebastián de los Reyes, ciudades capitulares de primer orden que integraban la vieja Venezuela, ejercitasen en su respectivo distrito la suprema autoridad, por medio de los alcaldes - gobernadores.

En 1605 el gobernador Sancho Alquiza designó a Pacheco Maldonado su teniente en Trujillo y Maracaibo, y con tal título salió al sometimiento de los indios toas, aliles, parautes, quiriquires y zaparas, que por catorce años estaban levantados contra la autoridades, en mengua y con riesgo del comercio y de la tranquilidad del Lago. Más de doscientos españoles y criollos habían parecido a manos de los rebeldes, inculpados de haber incendiado cosa de sesenta fragatas que hacían el tráfico entre Santo Domingo, Santa Marta y Cartagena con Pamplona, Mérida y Maracaibo. La peligrosa empresa concluyó con el apresamiento y ahorcadura del cacique Nigale, antiguo criado del capitán Alonso Pacheco, y con la total pacificación de las costas y ríos navegables. Las Audiencias de Santa Fe y de Santo Domingo, el gobernador de Venezuela y los cabildos de Trujillo, Mérida, Tunja, gobernador de Venezuela y los cabildos de Trujillo, Mérida, Tunja Nueva Zamora y Cartagena elevaron memorias al rey para que se premiasen con hábito

militar, gruesa renta y alto mando los servicios de Pacheco Maldonado. De “bueno, limpio y recto” lo calificó el juez que le tomó residencia en 1619, al terminar su cargo de gobernador de los Musos y Tolimas, en el Nuevo Reino de Granada, donde, entre otras cosas provechosas al servicio de la república, organizó la explotación de las minas de esmeraldas. Luego, al crear el rey la Gobernación y Capitanía General de Mérida, con el territorio del antiguo Corregimiento y con el de la Gobernación de La Grita, le fue aquella encomendada por ocho años. Vuelto a Trujillo, asentó casa en la ciudad y a ella fueron caballeros de calidad a buscar la mano de las hijas, mientras los hombres estudiaban en Salamanca y desposaban hijas de virreyes. El marqués de Marianela, gobernador de Venezuela por los años de 1623, y más tarde de Murcia, Lorca y Cartagena del Levante, casó con doña María del Aguila; el gobernador de Cartagena, don Francisco de la Torre Barrera, contrajo matrimonio con doña Juana, quien tuvo nuevas nupcias con don Manuel Felipe de Tovar; doña Josefa casó con el acaudalado mayorazgo Francisco Cornieles Briceño.

Primero, pues, entre los nativos de Venezuela que llegaron por su esfuerzo a la dignidad magistrática de una provincia, fue este recio criollo que marca la plenitud del segundo tiempo en el proceso formativo de la colonia. *Ya he escrito que nadie como Alonso Andrea de Ledesma tipifica la voluntad de asiento de las masas humanas que se trasplantaban a nuestra América. Como los otros conquistadores estuvo en el largo recorrido de la tierra, cuya paz precisaba resguardar, y más tarde asistió a la fundación de las ciudades. Fijado ya camino a la vida civil, recibió tierras para los nuevos cultivos e indios que le ayudasen a su trabajo. Por último, salió en trance de Quijote a defender los privilegios de la nueva patria, cuando el pirata vino a saciar la sed de rapiña y con el trabajo de los colonos de España.

Pacheco Maldonado es otra cosa. América siente ya el arraigo del trasplante español. No es el invasor que lucha contra el señor aborigen, sino el nuevo indígena que vence al indígena viejo. El mundo de la barbarie que se va, frente al mundo de la nueva cultura que ha enraizado en las Indias. Es señor de tierras que le legaron los mayores: su padre fue fundador; su abuelo materno, Francisco Graterolo, también lo fue. Sirve al rey, pero se sabe caudillo de estos términos. En las sabanas de Monay, por 1927, duraban aún las ruinas de su casa de campo. Allí seguramente fueron a visitarlo los aspirantes a la mano de las hijas. Posiblemente en aquella verde y deliciosa llanura nació Antonio Tovar Báñes, el nieto, a quien su tío, el obispo fray Mauro, bautizó en la iglesia de

Trujillo. En 1640 se le nombraba aún, con orgullo de los curas que asentaban partidas bautismales, “el gobernador Juan Pacheco Maldonado”. Era un título perpetuo que honraba a la ciudad. Pasarán los años, y el bisnieto Antonio Pacheco, con las rentas heredadas de la familia materna, cuyo apellido toma, comprará el condado de San Javier. Por él, las armas de los Pachecos de Trujillo, dos calderas con sierpes, fueron de las últimas en lucir sobre un portal de casa caraqueña. Yo las ví en la vieja casona destruida para edificar el palacete, desairado y sin aire, donde hoy funciona el Ministerio de Educación.

Mire usted cómo mi pueblo nutrió desde la alta colonia el rancio señorío de Caracas. Después le dará a los Mendozas, encabezados por el severo don Cristóbal, primer ejercitante de la suprema magistratura republicana; a los Montillas, a los Pimenteles, a los viejos Briceños, que ilustran prestigiosas estirpes capitalinas. Y si vamos al mundo de lo religioso, Pedro de Graterol, provisor en 1595, fue el primer criollo que asumió el gobierno eclesiástico en la sede vacante ocurrida por muerte del señor Palomino. (Era nativo de Trujillo y tío del gobernador Pacheco Maldonado). Y si fue valiosa la aportación colonial, más numerosa y de igual calidad es la que ha ofrecido para la obra de la República.

Gente de lustre, sobrada de fortuna y de muchas influencias, fue la que se formó en Trujillo durante el primer siglo de colonia. No olvide que Lucas Mexía de Vilches, alcalde de Trujillo en 1571 y 1578, casó con una hija de don Sancho Briceño y que de ellos procede la rama de Francisco Marín de Narváez, abuelo de los Bolívar. La tierras del Cenizo, más célebres por el dinero en ellas hoy enterrado, que por las veces que han ido a los tribunales, eran parte del famoso mayorazgo de Corneiles, el más grande que hubo en Venezuela, y aún de excepcionales proporciones en las Indias. Tan ricos fueron estos señores, que se cuenta en Trujillo cómo paseando a la tarde de un día de fiestas mayores, por la planicie del Este, que mira al río Castán, el mayorazgo y su señora fueron perseguidos por un toro desgarrado de la plaza mayor, y que en el trance de verse con la sola escapatoria del precipicio, prometieron una crecida suma para concluir la fábrica de la iglesia y convento dominico de Nuestra Señora de la Candelaria. Y agrega la leyenda que fue tal la munificencia de los salvados por el milagro, que a su muerte los frailes los sepultaron en el sótano del templo, sentados en sillas de oro, guardando el subterráneo que unía a los hijos de Santo Domingo con los recoletos franciscanos del convento de San Antonio de Padua, situado al otro extremo de la ciudad.

Yo conocí las ruinas de la Candelaria, donde aún se decía misa a mediados del siglo pasado, y presencié con ojos abismados de curiosidad la vana búsqueda del fantástico subterráneo. También alcancé a conocer a principios de este siglo, los vestigios de la iglesia de San Francisco, cuyo techo fue descargado después de los fuertes temblores de 1894. Ví los altares dorados y las imágenes talladas que se guardaban, parte en casa privadas y parte en vieja sacristía del convento.

El convento franciscano, conforme a la antigua legislación colombiana, fue aplicado, lo mismo que los bienes del mayorazgo, para sede y rentas del Colegio de Varones. (Su capital, por el año de 1870, pasaba de cien mil venezolanos. Cuadruplicado, como *mínimum*, sería hoy cosa de dos millones de bolívares). Cuando empecé en 1908 mi educación secundaria, asistí a las aulas venerables de aquella antigua y prestigiosa casa académica. Pero en 1913, el general Juan Vicente Gómez buscó los medios de quebrantar la rebelde autonomía de los partidos de Trujillo, y, simulada una alteración del orden local, dentro de la gran simulación que rompía el “hilo constitucional”, fue enviada tropa de línea (como dice Gustavo Herrera) a que pacificase el Estado. Un batallón hizo asiento en el edificio del Colegio, desde entonces andariego en casas de alquiler. El civilizador Guzmán Blanco lo despojó de sus rentas. La tropa rehabilitadora lo dejó sin casa. En 1934, con ocasión del centenario del lánguido Instituto, publiqué una reseña histórica, con el fin de lograr que le fuese devuelto el edificio por el benemérito gobernante que “tantos servicios había prestado a la cultura de Trujillo”. Tan eficaz fue el procedimiento, que el general Eleazar López Contreras, a la sazón ministro de la Guerra, recibió órdenes del general Gómez para proceder al traslado del batallón, pues en el trabajo por mí escrito, mal comentado por algunos trujillanos, tuvo tema eficaz el doctor Enrique Urdaneta Carrillo con que ganar la voluntad del general Gómez a favor del viejo Colegio. Sin embargo, nada se hizo entonces, y la tropa siguió ocupando, con desagrado de los trujillanos, el edificio destinado a centro de cultura, hasta que el ilustre presidente Medina Angarita dispuso moderno cuartel para acantonar las tropas, y la demolición del edificio viejo del convento. Pero como el Colegio está de tuerce, según dicen en estos casos los costarricenses, la nueva construcción, por cierto bastante pobre, se destinó a una concentración de escuelas y el viejo y prestigioso Instituto sigue a merced de que le alquilen un local.

Fallarí la memoria del Colegio si entre las brumas del recuerdo no apareciese la figura venerable del ilustre sabio don Rafael María

Urrecheaga, blasón de la antigua cultura de mi pueblo. Yo lo conocí cuando asistí como escolar al antiguo claustro franciscano. Por estar baldado, lo llevaban en silla de ruedas para que dictase cátedra de griego. De su figura no tengo otra memoria sino la bola de nieve que formaban sus largos cabellos y su barba hebraica. De él queda también apenas su vagaroso recuerdo. Su obra no tuvo quien la cuidara. Ninguno de los prohombres del Trujillo de entonces se preocupó por la conservación de sus manuscritos y de su famosa biblioteca. Yo vi vender en cestas, como en Trujillo se vende el amasijo, los volúmenes de su librería. A mi padre oí lamentarse de la pobreza que le impedía adquirir tan buenos libros. Entre las pocas colecciones que pudo comprar, figuraban las obras de Jovellanos, que leí en mi juventud. Al margen tenían notas que ampliaban o enmendaban conceptos. Creo que de Urrecheaga apenas se han salvado los catálogos de la lengua timoto-cuicas que envió a Aristides Rojas (después utilizados por Alfredo Jahn) y unas traducciones del alemán, que se conservan en la Sección Rojas de la Academia de la Historia. En el Ministerio de Fomento debe de estar la descripción de un invento suyo para aprovechar como fuerza motriz el oleaje marino. Hasta la edad avanzada de su muerte, creo que por 1907, la cabeza de Urrecheaga era la biblioteca de Trujillo. Lo que no se sabía, así fuese de Teología, de Astronomía, de Leyes, de Historia, de Lenguas, de Botánica, de Artes, quedaba resuelto con preguntarlo a don Rafael. Y abísmese usted, mi noble amiga, don Rafael no salió nunca de Trujillo. Fue el autodidacto perfecto.

Sin pensarlo, me pasé de la leyenda del mayorazgo a la tragedia que más duele a los trujillanos, especialmente a quienes tuvimos ocasión de asistir a clases en el viejo recinto conventual.

A usted referí en cierta ocasión mi paso por la escuela de primeras letras del viejo don Eugenio Salas Ochoa, a donde concurrí cuando frisaba con los cinco años. Aquella escuelita funcionaba al lado de la casa de la “guerra a muerte”, donde en feliz hora mi amigo eminente el doctor Numa Quevedo, secundado por Luis Beltrán Guerrero, de excepcional vocación y singular voluntad para ejercicios de cultura, fundó el Ateneo de Trujillo.

El recuerdo amable de doña Ana, la esposa de don Eugenio, que me enseñó el alfabeto, lo evoqué ante la gente vieja de mi pueblo, cuando el año de 1947 fui a Trujillo, para ser recibido en aquel Instituto.

¿Y por qué disgregar aquí? La vida ha sido generosa conmigo, y la fortuna me ha suplido, para la complacencia, lo que no hubiera alcanzado por

mis modestos méritos; pero, créalo usted, pocas satisfacciones me han llegado al tuétano como la experimentada cuando el Ateneo me recibí en calidad de miembro de honor. No fueron los elogios desmedidos, que me hicieron pensar en la generosidad de las alabanzas fúnebres; fue el pueblo de Trujillo, el pueblo mío, que se juntó para expresarme la ingenuidad de un cariño inmerecido; era mi pueblo, donde estaban conjugados, para la expresión fraterna, pobres y ricos, amigos y enemigos políticos; era mi pueblo donde estaban conjugados, para la expresión fraterna, pobres y ricos, amigos y enemigos políticos; era mi pueblo, que me daba la fe de su fuerza en momentos en que mi estrella de hombre público estaba cubierta por hostiles nubecillas. Supe, aún más entonces, por qué es sagrado el suelo en que se nace. Sentí también cómo hay afectos que enlazan inquebrantablemente nuestro destino al paisaje físico y el paisaje moral donde se formó nuestro carácter y se nutrió la vida de nuestro espíritu.

¡Cuando pasaba de niño por la puerta de la casa misteriosa, donde se decía que de noche se quejaban los espantos, no intuí por nada que ahí mismo, al correr del tiempo, viviría noche tan clara como aquella otra en que, para mi daño, me hirieron, casi en la misma cuadra, unos inolvidables luminosos ojos negros!

Ante aquella vieja casa pasé muchas veces, cuando mi escuela estuvo provisionalmente en el nombrado edificio del Colegio, en razón de haber tomado su local una pequeña guarnición llegada a la capital, posiblemente con motivo de la persecución contra el general Rafael Montilla. Pero esta escuela no era ya la de los viejos Ochoa, sino la antigua escuela del maestro Portillo y Valera, que, cambiando de nombre, como han cambiado de nombre, sin mejorar, todas las cosas en Venezuela, había llegado a ostentar el de Escuela Castro, en homenaje adulatorio al general Cipriano Castro, “restaurador de la patria”.

Vea e intuya usted, mi noble amiga, la tragedia de mi generación y de tantas otras generaciones venezolanas. ¡Felices los jóvenes que se han levantado en medio de la relativa independencia y altivez de estos últimos años! Compare usted esto que refiero con los recientes dorados tiempos de Isaías Medina, cuando la juventud respiró sin miedo un aire de absoluta libertad. Ahora sí que cada quien es dueño y responsable de su propio destino. En aquellos almanaques nuestro texto de educación cívica fue la continua alabanza del Cabito. Creo que en lugar del escudo nacional, estaba entronizada la efigie del Invicto. Los sábados, después que la muchachería había cantado el Gloria al bravo

pueblo, adornábamos el retrato de Castro con flores recogidas en el pequeño jardín escolar. Este nuestro primer encuentro con la lisonja política. Pero ahí mismo, en la modesta escuela, servida por dos sencillos y sufridos profesores, Rafael María Altuve y Rafael Quevedo Urbina, tuvimos mis compañeros y yo otros encuentros con la realidad política criolla. Frente a nuestro plantel tenía su casa de habitación el jefe civil del Distrito, dueño de un perro feroz que atendía al bárbaro nombre de Solimán. Y no sabría decir a usted las veces que, espantados, tuvimos los muchachos que ir a refugiarnos a la vieja iglesia Matriz o en el zaguán de la casa de don Juan Guerra, para huir los dientes de la bestia, cuyo encierro no era posible que lograsen nuestros maestros, en razón de los privilegios y franquicias que disfrutaba el bruto como perteneciente a la casta gobernante. Aprendimos también en la escuela, para que después lo comprobase con creces la caprichosa selección de los funcionarios públicos, que nada valen los méritos ante el poder de las influencias y el peso de la sangre. Por ser condiscípulos nuestros los hijos de las autoridades locales, supimos que para aquéllos el Gobierno tenía premios, así fuesen a la cola de la clase. Pero con este aprendizaje disvalioso, que apenas sirve como tardía reflexión para ver cuál fue el ambiente en que, se formó nuestra conciencia infantil, tuve en la vieja escuela de Trujillo una fecunda lección, que bastante me ha servido durante el discurso de mi modesta vida pública.

No había en mi pueblo enseñanza privada y la escuela estaba abierta a los distintos sectores sociales. Los niños de zapatos se sentaban junto con los de alpargatas y junto con los de “pata en el suelo”. A la par de los hijos de los señores ricos de la ciudad, tomaban puesto algunos muchachos que venían de los campos vecinos, con la camisa de liencillo marcada con las manchas de plátano que distinguen a nuestros peones rurales. Aquella era en verdad escuela de democracia, y como semejantes al de la capital eran, y en su mayoría siguen siendo, los planteles educativos del Estado, acaso los trujillanos sean por ello los venezolanos que exhiben mayor sentido de sencillez igualitaria, consecuencia, además, de un hecho positivo que favorece a la región; en Trujillo es donde está mejor dividida la propiedad rural, y, por consiguiente, donde menos se abultan los reatos que derivan de la injusta distribución de la riqueza.

Pacífico y sencillo discurría el hilo de la vida trujillana durante mis felices e inolvidables años de escuela. Eran pocos los sucesos que en el año alteraban la monótona quietud ciudadana. Algún encuentro de encumbrado político; la visita, cada cuatro o seis años, del señor obispo; el ocasional

anuncio de unas “maromas” o la llegada, por Corpus y San Juan, de algún torero de la legua. La vida principal del pueblo seguía el curso del añalejo, y para todos, en especial para los niños, el año comenzaba con el mes de diciembre.

Claros y frescos, con mañanera visita de neblina, bajada de la cercana cordillera, los días pascuales daban un peculiarísimo aspecto a la ciudad. Por el 20 empezaban a llegar de los campos las cargas de musgo y de estoraque, los haces de helechos y las aromosas pascuitas, con que eran adornados los pesebres con el paso del Nacimiento. Las fiestas comenzaban en la tarde del día 24, con la procesión de San José y la Virgen, que venían de la Otra Banda a esperar el trance del alumbramiento en la iglesia Matriz. Por entonces no había capilla en el “Bravo Pueblo”, como se nombraba aquel barrio, en la Colonia llamado de los Catalanes, y hoy convertido en Municipio Santa Rosa. De una casa privada salían las imágenes, y acompañadas de villancicos y cohetes, hacían el recorrido hasta la iglesia. El pueblo cantaba:

A Belén pastores,
vamos a Belén,
porque va a nacer
Jesús, nuestro bien.

Esta noche es Nochebuena
noche pa' no dormir:
la Virgen está muy gorda
Y esta noche va a parir.

Por la noche era la típica a fiesta del “Enano de la Kalenda”. ¿De dónde vino esta costumbre? Yo no sabría explicarlo. En la lánguida y monótona música de las zambombas y de los cincos, que acompañan a los pedidos del aguinaldo, se perciben reminiscencias negroides:

Déme mi aguinaldo,
mi señor doctor:
aunque yo soy negro
merezco el favor.

Si me dan hallacas
me las dan calientes,
porque las hallacas frías
enferman la gente.

No sé si Juan Liscano, Olivares Figueroa o Isaac Pardo hayan descrito este baile, como ya lo han hecho con los “chochos” de San Benito. El chiste del enano consiste en simular con el movimiento del vientre, donde van pintados los ojos y la boca, un grotesco rostro, pues la cabeza y los brazos, con parte del tórax van ocultos en una manera de cono invertido, cuya base la constituye un cesto de arnear colocado sobre la cabeza, y envuelto todo en espesa tela negra. A la altura de la

cintura, unas fingidas manos hacen más ridícula la mojiganga. El enano bailaba al son del cinco y los furrucos, acompañado de coplas y aguinaldos. Lo hacía en las esquinas, en la mitad de la calle y aun en las mansiones particulares. En la semioscuridad del Trujillo de faroles de aceite, aquella invención tenía la gracia de que hoy carecería a la luz de las bujías eléctricas. Cada grupo era de sólo un enano, pero al mismo tiempo cruzaban la ciudad los enanos que venían de las Araujas, de Hoyo Caliente, del Cerrito, de la Otra Banda, del Calvarito y de la Quebrada de los Cedros.

Satisfechos los muchachos con la alegría de la farsa y con el ruido festivo de las recámaras y de los triquitraques, esperábamos con impaciencia la hora en que “nacía” el Niño Dios, para después de los rezos y de los villancicos, saborear a la mesa la hallaca multisápida, los buñuelos de yuca y el dulce de manjar blanco, que tipifican la cena navideña de Trujillo.

El día de Navidad estaba destinado a la larga visita de pesebres. Eran en mi tiempo los más señalados el de Trina y Rosario Añez, que tenía una graciosa representación de cuadros de la Historia Sagrada; y el de la tía Edelmira, en la calle de la Candelaria; el de las Casas, el del padre Carrillo, el de doña Eustoquia Perozo, el de doña María Benicia, el de Petra Rodríguez, el de las Rosales de La Cantarrana, el de las Almarzas, el de las Araujos de la Cruz Verde, el de don Lucas Montani, el de las Cegarras, el de las Pannacci; el de las Coronados. Nos reuníamos en caravana los muchachos para la visita conjunta, y ésta, lejos de limitarse a contemplar el fingimiento de cerros, pueblos, ríos y lagunas, se extendía hasta aceptar el obsequio de chicha o de carato, de manjar o de buñuelos, que ofrecían las casa amigas (¡pero si todas eran amigas!), con el natural interrogatorio acerca de la salud de las familias respectivas.

Si alegres eran la Nochebuena y los siguientes días pascuales, el Año Nuevo no llegaba al ancho regocijo de aquéllos. En cambio, especialmente para los muchachos, el Día de Reyes era objeto de intensas expectativa, ya que en él amanecían los zapatos colmados de los regalos que durante la noche habían traído los generosos Magos.

En mi modesta infancia de niño provinciano no hubo “arbolito de Navidad”, menos aún exóticos Santos Nicolases de blancas barbas. Respiramos los muchachos de mi generación, allá en la tranquila cordillera nutricia, el aire de la vieja Venezuela, agrícola y pastoril, que no hacía presumir la vecindad de una nueva Venezuela, de la cual serían arrancados de cuajo los símbolos que diferenciaban la genuina nacionalidad. El pesebre, los Reyes y el “enano de la Kalenda”

correspondían a una tradición enraizada en el suelo fecundo de una historia nutrida por nuestra independencia. Las generaciones que habían creado la patria, formaron, también, esas sencillas y gratas costumbres, hoy expulsadas por la ridícula imitación de usos extraños que nos imponen, con aplauso de ilustres esfialtes de prestigiosos nombres, los nuevos conquistadores de suelo y de conciencias. ¿No ha sentido, mi noble amiga, cierto escozor de vergüenza nacional cuando ha llegado a sus manos alguna tarjeta de Navidad, con versos en inglés, a usted dirigida por amigos del interior, ignorantes de qué digan las tarjetas? De mí sé decirle que las Navidades han llegado a ser el tiempo en que gasto peor humor, pues al compás de ellas veo cómo se nos deshace Venezuela, pese al patriotismo que pregonan los presuntuosos encargados de guardar los tesoros de la nacionalidad. En la época de mi niñez duraban tanto en el suelo de la conciencia nacional los antiguos valores formativos, que recuerdo un juego, a base de dos bandos, uno que vitoreaba al rey de España, y otros que vitoreaba al rey de Francia. El bando de los franceses fatalmente tenía que ser derrotado. En mi madurez, evocando vagamente aquel tipo de infantil divertimento, he dado en pensar que acaso se recordaba con él la desgraciada invasión de Trujillo el año de 1678 por los filibusteros franceses de Francisco Esteban Grammont.

Pasados los Reyes, venía la gran fiesta del Niño Perdido. En la noche del 14 de enero salían a la calle, entre candelas y villancicos, los buscadores del Niño. San José, representado por joven de talaras galas y fingidas barbas, llevaba de la brida la tarda pollina montada por la cándida niña que hacía de María. A las ventanas se asomaban las damas, y la procesión de pastores se paraba para cantar los villancicos de la pregunta:

Oiga, doña Juana,
diga la verdad:
si usted tiene el niño
tenga la bondad.

Aquí no está el Niño,
sigamos buscando:
vamos donde Julia,
que lo está esperando.

San José y la Virgen
no tienen consuelo:
se les fue el niño
que bajó del cielo.

Llegados a la casa donde se sabía que estaba el Niño, se celebraba el hallazgo con cantos, refrescos y bailes.

Y cuando terminaban los eventos del Niño Perdido, ya la gente estaba preparada para los grandes festejos patronales. La ciudad, como de todos es sabido, después de haber deambulado por distintos puntos de la provincia de los cuicas, asentó el año 1568 en el estrecho valle de Mucas. Diego García de Paredes la fundó, cerca de Escuque, en 1557, con el nombre de Nueva Trujillo; Francisco Ruiz la repobló con el de Miravel; luego se la llamó Trujillo del Collado, Trujillo de Salamanca, Trujillo de Medellín, hasta tomar el nombre final de Nuestra Señora de la Paz, en honor de la Virgen María, invocada bajo tan promisorio patrocinio. Desde los días de la Colonia fue fiesta principal de la ciudad y a ella acudían teniente, cabildo y regimiento, presididos del real pendón y de los graves maceros, vestidos de largas hopalandas. En un principio hubo dos fiestas: la religiosa y popular y la ofrecían por el Ayuntamiento. Cuando yo era niño, pese a la decadencia en que había caído la fiesta se celebraba con alguna pompa. Quedaba aún un vago recuerdo de la Cofradía de la Paz, fundada el año de 1584, y a la cual se debió el esplendor antiguo con que el 24 de enero se festejaban a la Patrona. Aún en mi tiempo se corrían toros y se quemaban lujosos arbolitos de fuego. Cómo recuerdo el alegre recorrido que hacía por las calles, la víspera del 24 la vieja Banda Vásquez, para repartir, entre recámaras y cohetes, la laudatoria a la Virgen, confiada a algún versificador de la ciudad e impresa en la modesta tipografía de Aparicio Lugo. En la mañana del 24, la misma Banda, en el antiguo altozano de la iglesia, iniciaba los festejos con marchas ligeras. Iban llegando las señoras, muy bien metidas en las viejas sayas, olorosas a cedro y a vainilla. Los señores se vestían de levita traslapada y el sombrero de copa y sacaban a lucir los ricos bastones de pomo de oro con vistosos monogramas. Los mozos mayores se reunían en la acera de la plaza, para ver entrar a las muchachas; los pequeños éramos llevados por la gente grande de la casa y más que a todos nos alegraba oír las sordas campanas diciendo:

La arepa y el caldo
se están calentando
pa' el padre Carrillo
que está trabajando.

(Grave y monótono era el golpe de las viejas campanas coloniales; desentonó al oído de señora forastera, influyente en la política, y vino la sustitución por modernos bronce fundidos en Puerto Cabello. Sucedió esto en 1923 y El Heraldo, de Caracas, publicó entonces mi primera protesta por la destrucción del Trujillo Tradicional).

Era costumbre entonces alfombrar el piso de la iglesia con hojas de oloroso laurel, que los campesinos devotos traían de la montaña cercana, y cuya fragancia, unida a la del litúrgico incienso, provocaba hasta desmayos en las damas de trincado corsé.

Misa de tres padres, asperges, tercia y sermón, era el lujo máximo de la liturgia. La imagen de la Patrona era bajada del nicho del altar y coloca en el gran trono, en que se la sacaba a la calle para la solemne procesión. En mi época de niño ya el Gobierno no asistía con la solemnidad antigua. Los presidentes apenas iban al templo a recibir la llave del Monumento en Jueves Santo o cuando mandaban cantar un Tedéum el 23 de mayo o el 19 de diciembre. La fiesta patronal la presidía la Sociedad de la Paz. Cuando yo era muchacho el estandarte lo portaban Adolfo Rosales o Miguel Rusa. Los hombres mayores se sentaban en sillas o bancas que abrían calle, en la parte alta, que se llamaba «Cabildo». La abuela nos decía: «Los niños cuando van a la iglesia, no deben sentarse en el cabildo, que es para los señores». (Aquella denominación quedaba como recuerdo de los privilegios de los antiguos regidores). Al terminar la misa, la Sociedad de la Paz, vestidos de negro sus componentes y con el estandarte a la cabeza, era acompañada de los músicos y del pueblo hasta la residencia del presidente, donde se servía un apropiado refresco. (Antiguamente este obsequio lo pagaban las rentas de la Cofradía, hasta que lo prohibió el obispo Martí).

Hemos entrado en la iglesia, señora mía y me parece una falta de respeto salir de ella sin hacer antes un pequeño recuento de su historia y una rápida descripción de sus altares. Debo advertir también a usted que para mí esta iglesia tiene un valor que no lo iguala el de Nuestra Señora de París o el propio de la catedral de San Pedro en Roma. Sí, señora. Porque a esta iglesia de Nuestra Señora de la Paz fui llevado de la mano para recibir en su bautisterio el óleo cristiano (Fui caminando, porque el agua me había sido “echada por necesidad” en mi propia casa), y a esa iglesia habían ido mis padres a recibir la bendición para sus nupcias. Y habían ido también mis abuelos por más de tres siglos. En aquella iglesia, como en el propio corazón de la ciudad, tiene sus raíces mi mundo.

El obispo Martí nada dice de la fecha en que fue concluida la fábrica del templo, pero ella aparece visible en la parte exterior del presbiterio. Todas las tardes la refrescan los trujillanos que van a contemplar la ciudad desde la relativa eminencia de la Alameda Rivas. Creo que dice: Año de 1662. Se concluyó con fuerte ayuda suministrada por

el obispo fray Alonso Briceño. Inmediatamente después de fundada la ciudad y de distribuidos los solares, comenzó la edificación de la iglesia, con título de Santiago Apóstol, hoy olvidado. En las partidas bautismales del siglo XVI yo he leído: “estando en la santa iglesia parroquial de el señor Santiago Apóstol”. También se llamaba por entonces de (Nuestra Señora de la Paz). Subsistió ese nombre por coincidir con el de la propia ciudad. En su fábrica se utilizaron como pilares cuerpos uniformes de grandes cedros, cortados en el puro valle de Mucas, donde había asentado la población. Frente al templo, yo ví uno de estos venerables señores de la selva primitiva que fue Trujillo. Algún gobernante civilizado lo mandó a cortar. Estas hermosas columnas descansan sobre bases de piedra labrada, que al presente son testimonio de laboriosidad de los primitivos constructores trujillanos, amigos de edificar sobre bases de sillería.

Tiene la iglesia tres naves, de ellas más larga la central, por concluir en el altar mayor, que antaño fue de rica madera labrada y dorada al fuego, y que hoy es de pesada mampostería, de pésimo arte. Era yo muy niño cuando una lamentable iniciativa de progreso, patrocinada por lo más granado de la ciudad, encomendó al maestro de obra Lucas Simón Montani la construcción de este horrible altar de ladrillos y mezcla, pintado de blanco, con simuladas estrías marmóreas. A quienes crean que el mal gusto tiene límites, les convendría visitar la iglesia de mi pueblo; y así, además, llegasen a conocer el antiguo altar desalojado para entronizar este adefesio de argamasa, dirían que bien merecido hemos tenido los trujillanos ciertas cosas de que irreflexivamente nos quejamos, culpándolas a quienes nada tienen que hacer con nuestras propias determinaciones.

Seguramente me excusará usted que no me alargue en la triste historia de este altar, cuando lea lo que en seguida le escribo. Del lado de la Epístola, y al final de la respectiva nave estaba el altar de Santa Lucía y San Roque. Lo conocí pintado de antiguo, con colores de mal gusto, que dejaban, sin embargo, admirar la habilidad del tallista primitivo; mas, recientemente, cuando era yo hombre hecho y derecho, y hasta con mando en Trujillo, por más veras, una nueva cofradía de progreso, contra la cual nada pude hacer, llegó a sustituirlo por un espantoso altar de estilo pseudo-gótico, fabricado, pásmese usted, a base de hojalata. He de decirle, sin embargo, que la primitiva pintura de ese altar, ganaba en gusto a la actual pintura de las paredes de la iglesia, echada por 1910 y en camino actualmente de ser sustituida por un sencillo y agradable colorido. Ojalá los restauradores de la vieja sencillez tuviesen la buena

idea de restituir a su antiguo sitio el venerable púlpito colonial, que fue trocado por un brillante púlpito de mármol, sin mérito de ningún especie.

Bueno, y no es que trate ahora de exculpar a mis paisanos, bastante acreedores de varas y prisiones por estos crímenes contra el arte y la tradición. Semejante a éstos han ocurrido delitos de la misma materia en toda Venezuela, incluso en nuestra ilustre Caracas, ellos en los templos, ellos en palacios oficiales. Si muchos de estos crímenes pesan sobre la corona de algunos curas de misa y olla y aun sobre obispos de luciente mitra, la responsabilidad es, en cambio, en la flor de mirar lo antiguo como desprovisto de mérito y han tomado el camino de celebrar rabiosamente las cosas a la moda. Esto de los altares y retablos es espejo de lo que ha sido nuestra irreflexión nacional para salvar los perfiles del país. Del mismo modo como se ha creído ingenuamente servir al progreso sustituyendo una hermosa talla del siglo XVI español por una moderna figura de pasta iluminada, asimismo se han desalojado viejas costumbres que correspondían a un estilo de vida elaborado por nuestros antepasados, para adoptar en su lugar ridículas invenciones de la hora, o hábitos justificados por solera de tiempo en otros climas y países. Piense usted, mi noble amiga, en la cara de asombro y de burla que pondría un joven lechuguino de estos tiempos si se le invitase a ensayar un vals o una vieja polka. En cambio, se sienten felices bailando entre morisquetas de mal gusto y dengues ridículos, uno de esos abominables mambos que el vulgar de Pérez Prado, a ciencia y paciencia de las autoridades, ha venido a “enseñar” a nuestra gente “bien”, y con lo cual se lleva miles de bolívares que debieran destinarse a mejor paga para nuestras criollísimas orquestas.

Me salí de la iglesia de Trujillo sin terminar la visita de los altares, y como estábamos en el testero de la nave de la Epístola, bajamos a la capilla de San Pedro, donde aún queda, sentada en su silla gestatoría, la vieja imagen del apóstol, que veneraba desde 1629 la cofradía de su nombre; la sigue la antigua capilla de San Francisco Javier, hoy consagrada a Jesús Crucificado. Bajando más, damos con la puerta que iba al antiguo cementerio y más abajo, cerca de la puerta de entrada, la vieja capilla del bautisterio, con su gran pila de piedra labrada. En la nave del Evangelio, y en la parte superior, está el altar de Nuestra Señora de los Dolores, que tuvo cofradía en el siglo XVIII; después la capilla dedicada hoy al Santísimo Sacramento y a la Señora de las Mercedes, antiguamente titulada a Nuestra Señora de la Paz, cuando debió ocupar sitio principal en el altar mayor la imagen del apóstol Santiago. Seguía el altar de la Benditas Animas y, por último, la

capilla de Santa Rosa de Lima, hoy dedicada a María Inmaculada.

No sé cuando fue reservado el Santísimo Sacramento en su actual capilla cerrada, pues primitivamente se guardaba en el altar exterior de Nuestra Señora de los Dolores. Acaso este transferencia tenga relación con una curiosa profanación que lamentablemente tuvo lugar cuando era cura el padre Miguel Ignacio Urdaneta. Cuenta la tradición que en el sitio de Mocooy había ganado fama de milagroso un viejo nicho que representaba a la Trinidad, y que pertenecía a cierta devota y sencilla familia. A la Plazuela era traída la imagen una vez al año, para celebrarle gran fiesta. El resto del tiempo era objeto de continuas visitas de los devotos, quienes llevaban “milagros”, de plata, velas y dinero. Junto con el honor de los milagros, el “misterio” de Mocooy pasó a ser un pingüe negocio para los propietarios del famoso nicho. No sé por qué se suscitó entre la agraciada familia una disputa, hecha dos bandos, ambos porfiaban por la tenencia del “misterio”. El pleito paró en que el padre Miguel ordenase solomónicamente que la imagen fuera traída a la iglesia de Trujillo, para ahí recibir culto y dádivas. Un sector de la familia se trasladó a vivir en las inmediaciones del pueblo de San Lázaro, y persistiendo en el deseo de tener consigo el “misterio”, resolvió llevarse a juro el nicho, y validos algunos de las sombras de la noche penetraron en la iglesia y cargaron con la veneranda y deseada imagen. Mas la alegría del botín se trocó en espanto, cuando descubrieron con las claras del día que lo que se habían llevado de la iglesia era nada menos que el Sagrario con las formas consagradas. Medio locos por el sacrilegio, hincaron las rodillas ante los sagrados despojos, mientras uno de ellos fue a San Lázaro a confesar al cura el atropello. Horas después, las gentes acompañaban con luces al sacerdote para el traslado al templo, con la debida liturgia, del Señor Sacramentado.

Pregunto ahora: ¿sería para evitar otro posible sacrilegio que el padre Urdaneta trasladó el Sagrario a la capilla de las Mercedes espantado de que por tercera vez pudiera ser de nuevo profanado el Sacramento? Y digo por tercera vez, por cuanto aún no he referido a usted otro lance en que fue irrespetada en Trujillo la Eucaristía, esta vez por un sacerdote con todas las de ley. Pasó cuando las fuerzas de Venancio Pulgar, idas a castigar la resistencia de los Araujos para abrazar el guzmancismo, tomaron a hierro y fuego la ciudad de Trujillo. Serviales de capellán un sacerdote de apellido Román, quien resolvió cantar un Tedéum por el triunfo de Venancio. (Esto del Tedéum para festejos de política corresponde a una costumbre que viene de muy atrás y que deja bastante mal

parado el verdadero concepto de la caridad y de la paz cristiana. El Cardenal Cisneros lo entonó en Orán sobre una montaña de cadáveres de moros; el pirata Grammont lo hizo cantar cuando tomó la barra de Maracaibo, y ahora he leído que un jesuita norteamericano se apresta a cantarlo cuando he leído que un jesuita norteamericano se apresta a cantarlo cuando el señor Truman ordene que le sea arrojada a los chinos la primera ración de atómicas). Pero sigamos con nuestro amigo el capellán de la tropa de Venancio. Hizo aquél buscar el padre Urdaneta, y se le dijo que andaba de bautizos y matrimonios por los campos; intentó ponerse al habla con el sacristán y le informaron que era tonto y se había escondido al escuchar los primero tiros; fuese donde una beata a quien el cura dizque daba a guardar la gran llave de oro del Jueves Santo, y la beata se negó a recibirlo, porque venía con gente “lagartija”. Indignado el sacerdote, a quien sus alegre compañeros de armas habían convidado con algunas copas de aguardiente, hizo abrir la puerta de la iglesia y ordenó que la tropa formase para adorar al Sacramento, mientras se cantaba el Tedéum *laudamus*: y puñal en mano se acercó al altar, forzó la cerradura y se dio a gritar: “En Trujillo hasta el Santísimo es “poncho” y hay que hacerle entender que las cosas están cambiando!”.

Ni de este ni del otro sacrilegio doy fe de que haya sucedido. Oí en Trujillo estos relatos y las excusas del caso. Apenas aseguro que el vicario Urdaneta dio con sus huesos en la cárcel por no conformarse con Venancio. Me refería la abuela que hubo un tiempo en que la parte central de la iglesia lucía las lápidas de las personas del viejo “señorío”, cuyos restos habían sido trasladados al sagrado recinto. Llegó la onda del progreso y se creyó mejor gusto uniformar el piso y sustituir lápidas fúnebres y la primitiva piedra labrada de las losas comunes, por pulidas baldosas de mármol. Algunas de las lápidas fueron hacinadas en el interior de las capillas y otras echadas fuera, como cosa inútil. No se asuste usted de lo que voy a referirle. Una de esas lápidas que era de metal, fue rodando hasta llegar en 1925 ó 16 a la herrería de Clodomiro Rodríguez, quien, lejos de fundirla, la mostró a don Ezequiel Urdaneta Maya, el cual, advertido de su precio, estudió con los doctores Inocente Quevedo y Amílcar Fonseca la inscripción latina que exhibía. Se trataba del bronce que había cubierto la sepultura donde se enterraron, al nivel del altar mayor, los despojos de fray Alonso Briceño, muerto en Trujillo en 1668. Hoy dicha lápida se conserva en el Museo Arquidiocesano de Mérida. No recuerdo la inscripción que acompañaba al escudo, que estaba constituido por el águila explayada y las aspas de

San Andrés, de las armas de los Briceños, cimadas por el capelo episcopal.

Fuera de los viejos fundadores, cuyas cenizas deben de estar sepultas en la iglesia, las del obispo Briceño son las de la figura más prestante allí enterrada. Murió este prelado como he dicho el año de 1668, después de haber gobernado la Diócesis de Caracas y Venezuela desde la ciudad de Trujillo, sin jamás haber venido a la capital, donde estaba la catedral. Algunos explicaron este hecho singular por la complacencia de ser Trujillo el solar de los Briceños de Venezuela y pertenecer fray Alonso a la rama del apellido. Para mí el caso deriva de otra circunstancia.

De su silla de Nicaragua fue trasladado el obispo para sustituir al tremebundo fray Mauro de Tovar, quien además de haber reñido con el gobierno civil de Caracas, había establecido profunda discordia entre la Mitra y la Orden de San Francisco, a que pertenecía el nuevo obispo. Acaso impuesto en Maracaibo, donde desembarcó y tomó posesión del Obispado, de estas desfavorables vísperas, prefirió quedarse de asiento en Trujillo, donde había convento de su religión y se disfrutaban clima, comodidades y riquezas de que no gozaban otras ciudades del interior. Desde allí gobernó, pues, su Diócesis el curioso obispo, quien dividía el tiempo vacuo entre el ejercicio de la caza y el cultivo de la filosofía escotista, en que fue eximio maestro. Fue el primer prelado que estudió el proceso de la aparición de la Virgen de Coromoto y quien se adelantó a autorizar su culto. Después de su fallecimiento hubo ocurrencias en Trujillo que vale la pena de recordar.

Muerto intestado, la Iglesia de Caracas entraba en el goce de los espolios, pero antes de entregar la gruesa fortuna del prelado, un sobrino suyo, clérigo fray Diego Briceño, y algunos vecinos de Trujillo, hicieron perdidiza gran parte de los bienes. Pero contra los hábiles aprovechadores, el vicario capitular tenía el arma irresistible de la excomunión, y un “domingo sombrío”, tanto como el de Ladislao Javor, los feligreses dejaron espantados la iglesia, después de oír las maldiciones siguientes:

“Huérfanos se vean y sus mujeres viudas”. “Amén”, agregaba tembloroso el Sacristán.

“El sol se les oscurezca de día y la luna de noche”. “Amén”.

“Mendigando anden de puerta en puerta y no hallen quien bien les haga”. “Amén”.

“Mueran las ánimas de dichos excomulgados y desciendan al infierno con los apóstatas y traidores”. “Amén”.

Claro que con tan pavorosos argumentos tenían que flaquear las más recias voluntades de los ocultadores, quienes, según un relato de Amílcar Fonseca, recurrieron a ingenioso ardid para quedarse con algo de la buena plata del obispo. Y fue decir al procurador ido de Caracas que, ante el peligro de la llegada a Trujillo del enemigo francés que andaba quemando los pueblos del fondo del Lago, habían ofrecido una misa y una vela a Santa Ursula y a cada una de sus once mil compañeras, a fin de que L'Olonais no llegase a Trujillo. Mas el diputado del cabildo caraqueño en esto de artimañas podía dar la cangreja a los pobres trujillanos, y después de haber estudiado el grave caso en la rica librería del convento de San Antonio, concluyó en probar a los deudores de la promesa que apenas con diecisiete pesos de a ocho se cancelaba la sagrada deuda, pues lo de las once mil vírgenes que acompañaban a la famosa mártir era un simple error, derivado de llamarse Undecimilia una de las diez compañeras de Santa Ursula, y haber leído algún hagiógrafo optimista undecim mille como número global de vírgenes. Conformados a la fuerza con razón de tanto peso, los de Trujillo no creyeron más en vírgenes y vieron con tristeza suma salir el clérigo con sus recuas bien cargadas de los bienes y alhajas del obispo difunto.

Algo tengo que decir usted del obispo siguiente, fray Antonio González de Acuña, dominico de Lima, muerto también en Trujillo y sepultado en la capilla del convento de las Reginas, la cual quedaba justamente en la esquina de la gran casa que es hoy de la honorable viuda de don Juan José Carrillo Guerra. Pues cuando don Sinforiano González, a fines del siglo pasado, reconstruyó la casa, dieron los peones con los restos del ilustre obispo, cuya presencia marca era en la historia de la cultura venezolana, por haber fundado el Seminario de Caracas. Pero los peones nada sabían de obispo ni de cultura, y después de haber juntado sus huesos o el polvo que pudo ser hallado con los restos allí simados y una vez enviado todo al carnero del cementerio de la Otra Banda, fueron el cura con el báculo, de donde se pudo saber que había sido exhumado el cuerpo de un obispo.

Ya hemos hablado bastante de la iglesia Matriz, podemos seguir camino para visitar la iglesia de la Chiquinquirá, hoy parroquia, y antiguamente sólo ermita del Hospital que ordenó construir el año de 1681 el obispo González de Acuña, por haber sido arruinada la edificación que

en el sitio de Las Piedras, levantó con igual fin el maestro Francisco Albarrán Saavedra. En siglos anteriores, hubiéramos tenido que detenernos en el santuario levantado en el callejón de los Mendozas o del Tutilimundi, en honra del Crucificado, y del cual no queda vestigio ni memoria. Pero antes de alejarnos de la Matriz, echemos una mirada a su torre, que muchos creen de construcción colonial, pero que apenas fue edificada a fines del siglo XIX. La pátina que luce la conquistó peleando como las viejas “iglesias-generales” de la reconquista española, donde tanto se consagraba el cuerpo de Cristo, como se dirigía, desde su torre guarnecida, la lucha contra los moros. Sin embargo, hay una pequeña diferencia. Allá la matanza tenía un sofisticado justificativo, por ser lucha, entre cristianos e infieles; acá la contienda de septiembre de 1899 fue de fieles trujillanos, divididos por feudales apetencias. Y aunque usted no lo crea, en aquella guerrita yo perdí todo mi ajuar. Imagine que los sitiadores de Trujillo resolvieron meterse en mi casa como si fuera la de ellos. Durante el día, mis padres soportaron los huéspedes. Ya por la tarde, cuando ardía la torre, un generoso amigo vino a trasladarnos a lugar seguro, y ninguno con mayores privilegios que el honorabilísimo hogar del doctor Diego Bustillos, a quien la unanimidad trujillana rendía gratitud por los eminentes servicios prestados a la región, desde la primera gran epidemia de vómito negro. Durante la noche, la tropa se pilló lo que había en la modesta casa de mis padres y se llevó, como valioso botín, mis camisas y mis bragas. De modo, pues, que aun antes de tener uso de razón, ni siquiera el buen uso de las piernas, ya supe lo que son las guerras civiles y las venganzas a que se presta nuestra famosa política. En este caso debo decir a usted que a mi padre se cobraba una antigua querrela que con mi abuelo mantenía el padre de uno de los sitiadores. Corridos los años y hecha la paz entre las familias, yo conocí en Caracas al sitiador de mi casa, y en uso de la cordial amistad que llegó a unimos, recordábamos aquellos martes lejanos en que mis camisas perdí.

Largo va lo escrito con motivo de haberme referido a las festividades patronales, que todavía durante mi infancia preocupaban a la gente de Trujillo y ponían sello de entusiasmo en medio del discurso monótono de la vida de la ciudad pacífica. Y como de recuerdos festivos se trata, algo diré a usted, siempre interesada en nuestros valores folklóricos, acerca de la “Fiesta de Locos”, que en mi pueblo se celebraba el día de la Candelaria. En algunos otros sitios del Estado “los locos” comenzaban a exhibirse desde los propios días navideños; de Trujillo sé decirle que hasta tomaron

el nombre de “locos de la Candelaria”, por ser su aparición el 2 de febrero, cuando la Iglesia Católica, en la festividad de la Purificación de Nuestra Señora, bendice las candelas de la buena muerte. Se me dice que en años lejanos tales disfraces bailaban en el propio altísimo de la iglesia; yo apenas los vi trenzar sus cintas, como el sebucán del Centro y de Oriente de la República, en calles y despoblado. Supongo que estos “locos” sean una supervivencia degenerativa de la Festum Fatuorum. (Fiesta de Los Locos), que en la alta Edad Media formó parte de la liturgia pagana, adherida, como residuo de las fiestas gentiles, al rito de Navidad y de Epifanía. En aquella el subdiácono, para indicar la alegría por la venida de Cristo, se cubría con la luciente mitra del obispo, y en ciertos lugares se llegaba a designar un Papam Fatuorum (Papa de Los Locos), reclutado entre los ministriles y los taberneros, para significar con ello que Cristo había venido a exaltar a los simples y a los desheredados. ¡Cuántos desearían hoy que este paso de locura llegara a tener arraigo en las formas modernas de gobernarse la llamada sociedad cristiana!

No sé si aún salgan por febrero estos sencillos disfraces en mi pueblo. Tal vez haya desaparecido dicha costumbre, a la cual se agregó desde 1914 la muy formal del Carnaval. En mis tiempos de niño, estaba éste reducido a un simple juego con cáscaras de huevo, contentivas de “Agua Florida” o de “Agua Kananga”, y sólo había, como digo, los “locos de la Candelaria” y los disfraces infantiles del Día de Reyes. Apenas como recuerdo ya muy lejano se nos hablaba del viejo Carnaval de fines del siglo XIX, en los cuales el “tuerto” Víctor González, que gobernaba la ciudad, salía, acompañado de gendarmes, a pintar de negro de humo a las mismas señoras de copete. “Cuando el atrevido intentó acercármese –me decía una de estas viejas–; lo tomé de las barbas y me quedé con ellas”.

Más tranquilos, sin embargo, que los de mi infancia debieron de ser estos buenos y lejanos tiempos del Carnaval de hollín y de “agua piche”. Si en realidad perduraba durante mi niñez el aislamiento urbano, es de imaginar el insularismo familiar de mediados del siglo último. A pesar de ser en extremo reducido el perímetro de la ciudad, las personas habían crecido tan introvertidamente en su soledad individual, que cada casa era un mundo independiente. Jardín e individual, que cada casa era un mundo independiente. Jardín y huerto, con flores y variados árboles frutales, hacían del interior de las viejas casas de Trujillo sitio holgado, donde discurría, sin necesidad de echarse a la calle, la vida de la gente. Cada casa era un mundo cerrado en que se cuidaba el prestigio

de una estirpe, y mientras más fuese la pobreza de la familia, mayor era la clausura del recinto. Duraba la altivez española que sabía encararse con el hambre. De una recia matrona que ocultaba su miseria en la soledad del hogar, se contaba el caso de haberle dejado caer en el jardín, un gavián que pasaba, la succulenta presa de un pollo gordo. “¡Milagro del Señor!”, exclamó la anciana, y cerró aún más la puerta, para mejor defender, con la ayuda de Dios, su miseria y su hidalguía. (Un fenómeno curioso hace que la actitud introvertida del trujillano en su propia tierra se torne en extraversión cuando mira a problemas cuyo centro de gravedad reside en otro sitio).

En aquel tiempo se sabía a veces de la grave enfermedad de un vecino por el esquilon que anunciaba el inminente paso del Viático. Las propias familias se comunican apenas por medio de las noticias que les llevaban los criados. Me refería mi madre que en cierta ocasión advirtieron ella y mis tías gran movimiento en la casa que daba frente a la nuestra y que habitaban parientes de mi abuela. Pasó ésta la calle para informarse del grave suceso que había provocado apertura de puertas y ventanas y movimiento de criadas perfeccionando el aseo, y se la dijo, con gran sencillez y alegría, que esperaban al hermano Pedro, quien llevaba quince años de no venir a la ciudad. Y, sorpréndase usted, el hermano Pedro residía en el Páramo de Las Rosas, a cuatro horas de Trujillo.

Ciudad en extremo sedentaria, supe de señoras cuya sombra dejó de ser sentida durante muchos años por las piedras de las calles. A cuántas de ellas apenas las conoció el pueblo por verlas de tarde asomadas a la rejilla de la ventana o puestas al alto balcón. De allí la vieja costumbre trujillana de visita formal, con tiempo anunciada y religiosamente respondida. Caminar dos o tres cuadras era empresa que reclamaba cierto sentido heroico. Recuerdo que mi madre y mis tías, vecinas de la Calle Abajo, después de madurarlo muy bien, resolvieron juntarse para ir a la Calle Arriba, con el fin de conocer la Caja del Acueducto y de pagar cierta promesa al Cristo de la Salud. El día de aquel viaje, de apenas ocho cuadras, jamás lo olvidaré. Tenía entonces cosa de cinco años y era la primera vez que subía más allá de la esquina de “La Rochela”. Cerca de la cual se me decía, para más madrugarme a la curiosidad, que estaban el “corazón del diablo” y la “pata del toro de la otra vida”. (Estos eran el bautizo de la fantasía popular para una concreción rojiza, en forma de corazón, incrustada en una gran piedra basáltica, que se hallaba en la Quebrada de los Cedros, a la altura del Puente Machado; la otra, la huella pétreo de una enorme pata de dinosaurio, de la época terciaria, que se encontraba en el mismo sitio.

Entiendo que ambas piedras fueron destruidas o tomadas para base de una construcción). Iba, pues, con la sensación de audacia que debe animar a los marineros que se aventuran en aguas desconocidas. Vimos la caja de distribución y, doblando la esquina del “Padre Torres”, pasamos a conocer el sitio donde se represaban las aguas, para ser llevadas a la caja de abajo. Uno de mis tíos, gran amigo de Castro, durante los tiempos en que éste y Gómez fueron oficiales de los Araujos, comentaba el grande beneficio que el Cabito había hecho a Trujillo, pues hasta entonces la única agua que corría por la ciudad era la escasa que llevaba la vieja acequia que el obispo González de Acuña ordenó sacar de la Quebrada de los Cedros arriba, para conducirla al monasterio de las dominicas, atravesando el interior de las casas que forman el ala norte de la ciudad. Creo que aún existe ese primitivo acueducto.

Después de admirar la gran masa de agua que borbotaba en la recién inaugurada Caja, entramos en la modesta ermita de la Chiquinquirá, donde se veneraba el llamado Cristo de la Salud. Dicha imagen estuvo primitivamente en la capilla del Calvario, situada en el lugar donde hoy está la plaza Briceño. Se decía que había resistido el fuego del pirata Grammont, el cual apenas le había dejado humosas huellas. La ciudad la veneraba, no tanto por su valor histórico, cuanto por los numerosos milagros atribuidos a su intervención. Era en realidad un lujo de talla, que hacía recordar a los imagineros españoles del siglo XVI. La expresión agónica del rostro me profundió siempre, aun cuando estuve hombre, un profundo respeto y una ingenua piedad. Tenía aquel Cristo lo que Miguel de Santiago hubo de buscar en el propio gesto de muerte del modelo lanceado por sus manos de artista. Quizá era aquella, más que el primoroso San Francisco que hoy se guarda en la iglesia Matriz, la joya más preciada que Trujillo conservaba de sus tesoros coloniales. Sin embargo, un curita semiloco resolvió en 1920 entregar la imagen a un pintor de brocha gorda, a quien le pareció mejor sustituir la pátina del fuego por brillante sapolín marfil. No sé si todavía haga milagros el sufrido Crucificado, continuamente expuesto a que se le desfigure, de acuerdo con las malas ideas de muchos clérigos.

Larga va esta carta, noble amiga mía. La comencé con un propósito y mire que me he enredado en un cuento que a poco interesa. Sin pensar, me metí a referirle recuerdos de mi infancia y noticias de la vida histórica de Trujillo. Ojalá no se haya usted aburrido lo suficiente en la lectura de estas cordiales intimidades, en que usted sabrá ver un reflejo del afecto que me vincula con mi ciudad nativa. Usted rió, a sorpresa o a malicia, cuando

yo dije que había nacido en “la tierra de María Santísima”. Y para probarle que esta expresión no corresponde a un necio chovinismo, sino a un legítimo e ingenuo cariño hacia la región donde tomó mi vida su primer nutrimento, di suelta a mi tosca pluma y aquí me tiene dispuesto a ponerle punto a esta misiva, no tan final como usted deseara, pues habré de fastidiarla con nuevos recuerdos. Con mejor tinta y con pluma de mejores puntos, habría podido darme a la reconstrucción cabal de Trujillo, que en 1920 me insinuó Julio Sardi. Visitó en aquel año mi ciudad natal este grande escritor, tan poco advertido por el mundo venezolano, y al regresar a Mérida, donde yo concluía estudios de Derecho, me ponderó la impresión que le había ocasionado mi pueblo. “Salve usted algún día para la literatura el sabor del viejo Trujillo”. Sería tema para poetas de fácil comercio con las musas, que yo me he creído pobre de recursos para expresar ese maravilloso mundo de nostalgia que vive en los labrados ventanales, en los toscos nichos, en la recia sillería y en los portones de pulida piedra, que dan vetusto aspecto a mi ciudad, más aún para ser voz de las voces opacas y humildes, que en los rincones de las claras, viejas y soledosas casas, perfumadas de albahaca y de tomillo, hablan por labios de primorosas ancianas que, a nuestra atropelladas preguntas responden, entre sonreídas y resignadas: “¡Andá, qué se le va hacer! Aquel de entonces sí era Trujillo de veras. La culpa la tiene el tiempo, que todo lo cambia, hasta el modo de la voz”. Sin embargo, el tiempo ha variado muy poco el alma hermética de la apacible ciudad, que se esconde, para sobrevivir, en el espíritu de estas dulces, amables y asombradas viejecitas.

¡Cómo siento que la pintura del curita loco me haya borrado la ingenua fe en el milagroso Cristo de la Salud! El me habría podido ayudar a salir bien de este de epistolero.